

EL EXILIADO

Carlos Sabino

Comenzó a prepararse para la partida cuando se enteró de la caída de Uffad, la capital de la Provincia del Norte. Reunió al Consejo Revolucionario y prometió luchar hasta la muerte, en una arenga encendida que por un momento les recordó la esperanza. Pero ese mismo día también, calmadamente, hizo algunas llamadas telefónicas: transfirió su dinero a un banco discreto de Luxemburgo aunque además, reticente, encerró en una pequeña maleta casi dos millones de dólares; no pudo conseguir más porque en el país apenas si circulaban los prodigiosos billetes verdes.

El martes en la madrugada apareció el General Aballou en su propia habitación. Estaba alterado: las tropas del Frente se hallaban a escasos kilómetros del aeropuerto y, con premura, le dijo que había que hacer algo, cualquier cosa. Se reunieron otra vez, no todos, apenas unos doce o quince oficiales de confianza, y organizaron un plan de batalla defensivo; el objetivo se reducía a retener la capital y el puerto, lo indispensable para subsistir por unos meses, hasta la llegada de la nueva estación. Decidieron que él, Aballou y el jefe de la diezmada fuerza aérea, harían una visita de sorpresa al frente. En el camino se los dijo:

BCreo que lo mejor es que tú ocupes ahora la presidencia, George... a ti no te harán nada... Podrías iniciar las conversaciones de paz mañana mismo, y hasta gobernar durante la transición. Si detienes la guerra ahora, el tiempo comenzará a correr en tu favor.

Llevaba dos maletas: la pequeña, con los dólares y unos papeles de los que no podía desprenderse, y otra apenas mayor, con ropa, unos libros y dos o tres recuerdos. Su pistola estaba siempre al alcance de su mano, en el bolsillo interior de su chaqueta azul, pero supo en todo momento que no la necesitaría. Aballou nada quiso decir, quizás pensando en el futuro casi onírico que le aguardaba, y el coronel lo miró con sorpresa, decepcionado tal vez, aunque sin odio.

Lo demás fue sencillo. Abordó el avión ya preparado desde las primeras horas de la mañana, único pasajero en la vasta desolación del aeropuerto, lejos de la multitud que peleaba en el edificio principal por los escasos pasajes disponibles, y en pocos minutos vio desfilar las secas colinas que rodeaban la ciudad. Se oían detonaciones apagadas, lejanas, pero no había nada que temer: si el gobierno no tenía ya casi aviones, tampoco los insurgentes poseían verdaderas armas antiaéreas.

El viaje no fue monótono, porque él mismo habló por radio varias veces, identificándose aún como presidente mientras veía un continente que desde el aire resultaba verde y apacible. Sintió, sin embargo, algo que lo desconcertó: hubo durante un

rato una punzada de loca soledad, una tristeza inesperada que no supo entender; porque la derrota, se dijo, era algo que ya había aceptado hacía tiempo, a finales del año pasado tal vez. Pensó también en su mujer, en la que había muerto hace tiempo, cuando él apenas era un coronel miembro de la Junta, y en algunas de las otras, las que pasaban por sus noches como fantasmas imprecisos.

Lo recibió un funcionario de segundo rango de la cancillería, reservado pero cortés, y una hora más tarde estaba en una residencia de las afueras rodeada de guardias de seguridad, solo, salvo las dos mujeres de servicio.

Mientras cenaba en una mesa que le pareció inmensurable, recibió la visita de un representante del Presidente Jouns. Era otro desconocido, un joven alto, agradable, que departió con él como si fuese un viejo amigo. Las condiciones, de las que se habló como al pasar, eran las corrientes en esas circunstancias: exhibirse apenas lo indispensable, no participar en política, aguardar instrucciones; pronto el mismo Presidente se acercaría para darle su apoyo moral.

Ya solo otra vez recorrió la casa lentamente, asombrado del ruido escandaloso que hacían sus pasos, buscando vanamente un televisor que le trajera las noticias de las cadenas internacionales, satisfecho en parte y también desolado. Muchos muebles tenían unas fundas color crema, espectrales, y en las habitaciones de arriba había un olor desagradable a humedad.

La cama era anticuada y cómoda, una cama de bronce probablemente inglesa, pero el sueño por supuesto no llegó. Trató entonces de llamar a Dresden, donde su hija estudiaba arquitectura, pero unos teléfonos calamitosos se lo impidieron. Sin nada por hacer comenzó entonces a revisar el contenido de las maletas, buscó un escondite apropiado para los dólares, leyó papeles que parecían provenir de otros mundos, manoseando una y otra vez las mismas cosas. Al final, luego de dejar todo en orden y sabiendo que aún no podría dormir, salió a caminar por el jardín que perfumaban añosos mangos y grandes eucaliptos. Eran más de las dos de la mañana cuando, ya sereno, regresó a su habitación.

El amanecer le trajo un inesperado canto de pájaros desconocidos. Durmió un poco más hasta que, simultáneamente, tocaron a la puerta y comenzó a sonar el teléfono. El desayuno, que apenas probó, era abundante en frutas tropicales; la llamada era del propio Jouns.

El Presidente lo trató afablemente, aludiendo al pasar a los pocos recuerdos que compartían, pero en sus palabras él encontró un matiz de conmiseración que le resultó poco grato. Le ofreció la ayuda de un asistente que lo atendería por dos o tres días, mientras se instalaba, y le prometió una visita para esa misma tarde, si tenía tiempo. Eran ya casi las doce cuando Horami, el joven de la noche anterior, se presentó con una ancha sonrisa y una camisa de seda que parecía quedarle estrecha.

El había pasado una mañana terrible: poco acostumbrado a esperar, sin nada por hacer, se consumió en recuerdos y ansiedades durante un tiempo que fue interminable. Una de las mujeres le trajo un periódico donde poco se hablaba de su país. Sólo de la batalla por la capital, y ni siquiera de su partida. Y con la otra se ocupó de poner en orden la casa y hacer la lista de provisiones. Pero luego de la llegada de Horami su humor cambió: recorrieron en automóvil el centro de la ciudad, hicieron algunas compras y fueron a almorzar a casa de la señora Bodirama, la viuda de un militante del sur que ahora desempeñaba vagas funciones políticas.

La comida resultó agradable, porque ella fue pródiga en atenciones y porque en la acogedora casa reinó un ambiente de distendida camaradería. Otro de los comensales, un coronel tan obeso como jovial, le pidió que relatara los sucesos previos a su partida. El, renuente, respondió al principio con frases cortas, que nada decían a los demás. Pero ante la insistencia de la dueña de casa y de Alice, una joven que parecía ser su íntima amiga, el que fuera implacable dictador comenzó a hablar con más franqueza. Poco a poco hilvanó sus recuerdos recientes, describió la tensión de los últimos momentos y fue, ante los otros, como si por fin pudiese organizar su mente, lamentarse de los inexorables reveses, comunicar su impotencia y la esperanza de alguna clase de retorno. Por alguna razón desconocida ese primer almuerzo quedó para siempre anclado en su memoria.

Durante una semana, tal vez algo más, vivió con intensidad la nueva existencia que comenzaba: tuvo la entrevista con Jouns, que resultó más intrascendente de lo imaginada, pasó largas horas frente al televisor y los periódicos, que le relataron la previsible claudicación de Aballou y le mostraron una ciudad aproximándose al caos, y puso orden en esas cosas pequeñas pero sin duda indispensables de las que todos los seres humanos tenemos que hacernos cargo; vio brevemente otra vez a Horami, a Alice y a la señora Bodirama. Luego todo cambió.

Cambió porque el pasado comenzó a distanciarse lentamente del futuro, primero como una vibración imprecisa en el presente que se sucedía inevitable, luego como algo más, una barrera, una separación que se abría sin remedio entre mundos cada vez más incompatibles. Llegó entonces una mañana en la cual, luego de comer las frutas frescas que ya empezaban a deleitarlo, se encontró sin nada por hacer, sin asunto por resolver ni noticia que esperar. Una especie de vacío impresionante parecía reemplazar a su vida anterior, erizada de propósitos y de planes, de desafíos y tensiones. Después de caminar más de una hora por el jardín, mientras comenzaba a brotar el calor de esa mañana lluviosa, hizo lo que sabía desde el principio que iría a hacer de todos modos: llamó a la acogedora Bodirama.

Ella lo atendió como si hubiese estado esperándolo. Y eso, asombrosamente, no despertó su suspicacia: lo pensó después, esa noche, cuando rememoraba el día en la soledad de esa mansión a la que comenzaba a encariñarse pero a la cual, profundamente, sentía todavía como ajena. Pasaron una tarde deliciosa: escuchando música que él, honestamente, sabía que era incapaz de apreciar, conversando sin prisa sobre temas que parecían triviales pero que le permitían hablar libremente de sí mismo.

Lo memorable, aunque todo era ya memorable en la soledad que comenzaba a apoderarse de sus días, fue la presencia electrizante de Alice. Ella era una norteamericana que estudiaba instrumentos musicales africanos, para una tesis o algo semejante, pero que se sentía deslumbrada por cada objeto, por cada persona y cada situación de ese mundo que apenas comprendía. Fue expansiva y cordial, hizo preguntas que mostraron su interés pero además su discreción y, en los escasos momentos en que se alejaron un poco del grupo Bcaminando cerca del riachuelo que bordeaba la casaB le mostró una clase de afecto de la que él nada conocía. Venciendo una resistencia interior que ni siquiera supo identificar con el pudor, él le pidió que lo llamase. Y ella sólo sonrió, no displicente pero sí demasiado segura de sí misma. Y nada sucedió.

El vivió ese tiempo, las semanas que siguieron, como si la vida se le hubiese acabado. No por la americana, naturalmente, aunque frecuentemente la recordaba al principio, sino porque nada alcanzaba a tener, ante sí, la plena consistencia de las cosas reales. Supo que su hija estaba ahora en Holanda, por algo vagamente relacionado con sus estudios, y que Aballou se había refugiado en Londres; intentó sin fortuna comunicarse con otros miembros de aquel que había sido su Gobierno Revolucionario, pero encontró que todos se habían ido, o estaban presos, hasta muertos quizás; comprobó que más allá de la vorágine de sus días de poder absoluto no le quedaba amigo ninguno, ni mujer conocida, ni nadie que se interesase por él como persona. Y sus fuerzas comenzaron a abandonarlo: igual que durante los últimos meses, cuando asistía a la pérdida de sus regimientos y de las ciudades que lo escudaban, así fue cediendo ante algo que era mucho peor, la debilidad que como un cáncer se iba extendiendo por su cuerpo, la apatía, un vago dolor que se difundía por su alma. Ya no era él, irreversiblemente, sino una sombra que recorría una casa encantada.

Se refugió, por supuesto, en la rutina. Lo vieron trabajando en el jardín con unas tijeras que resultaban absurdas en sus manos, visitando todos los sábados, a la misma hora, la casa sombreada de la señora Bodirama, recorriendo sin prisa la ciudad en un gran automóvil negro. Había engordado un poco, redondeando la que fuera una cara secamente angulosa, y su mirada era ahora diferente, distraída y falta de intensidad. Compró en esos días también un perro, un bello pastor que le servía para evocar los días de su infancia, y visitó con cierta regularidad una casa de reputación dudosa que existía en las afueras de la ciudad.

Fue a ver a un médico, por sugestión de la señora Bodirama, y en la siguiente visita ella le preguntó con bondadosa curiosidad:

BQuerido amigo, me da mucho gusto tenerlo otra vez por acá. Por fin, ¿qué le dijo el doctor?

BNada.. que no tengo nada Bse lo veía abatido, sombrío, como si estuviese afirmando que el diagnóstico era una enfermedad incurableB. Dice que tal vez es un problema de adaptación a mi nueva vida, al clima quizás... No fue muy preciso...

BNo sabe cuánto me alegro Bdijo ella. Y, al ver que su expresión no cambiaba, agregó:
BY usted, ¿qué piensa?)Cree que es algo psicológico?

El se levantó del ancho sillón, miró hacia el jardín, y replicó con tristeza:

BNo sé, yo no entiendo nada de esas cosas; soy un soldado, un militante... BvacilóB
aunque sí... creo que él tiene razón.

Ella quedó en silencio, esperándolo, acariciando con paciencia el borde de su vaso vacío. Hasta que él habló: entrecortado al principio, tenso, siempre a la defensiva, pero dejando escapar poco a poco la rabia que lo poseía. Y la desolación. Y el dolor.

BYa sé que todo está terminado By, viendo que ella iba a hablar, tal vez a negar piadosamente lo que él tan bien conocía, se apresuró a agregarB: No, no me diga nada... No tiene sentido soñar con el regreso, fueron demasiados años. Ahora no queda nadie que pueda continuarme, sólo un montón de ruinas, los soldados vagando por la capital... los otros, los que me derrotaron. Mi nombre está siendo borrado de todas partes, de las calles, de las plazas públicas, hasta de las escuelas y las aldeas. Pronto va a ser como si yo nunca hubiese existido.

Ella suspiró, como si hubiera sabido ya lo que iba a decirle, y se dirigió hacia el mueble que ocupaba la pared izquierda de la habitación.

BPero su vida no está terminada. No, general, usted es un hombre joven.)Le molesta si pongo un poco de música?

El hizo un ademán vago, apenas perceptible, y continuó mirando hacia el jardín. La música pronto los rodeó: era algo que él ya había escuchado antes en esa casa, una sinfonía tal vez, que parecía traer la tristeza y el misterio de un bosque encantado, de un paisaje tan desconocido como increíblemente familiar.

BNo sabe con cuánta pasión yo luce, Bodirama, cómo consumí las noches en reuniones, discutiendo, organizando mi ejército, atendiendo a los que venían a pedirme algo siempre diferente, tratando de construir una revolución... Los enemigos eran muchos. BHizo una pausa, apretó los labios, y amargamente dijoB: Fueron diecisiete años, Bodirama... demasiado tiempo.

Se detuvo, ahora en el centro de esa habitación cargada de objetos, de recuerdos que no le pertenecían, como si sólo escuchase las cuerdas y los metales de esa música impensable. Ella lo miró con expectación, como si conociese el final de lo que estaba diciendo y esperase sus palabras para confirmarlo.

B)Puedo decirlo yo?

B)Decir qué?

BLo que usted no quiere, o no se atreve... o simplemente no puede decir: que fueron demasiados años, y que no quedó nada, solamente odio, y ruinas, que usted ya no sabe ser otra cosa, que hasta se arrepiente de haberse marchado así. Eso es lo que piensa ¿verdad?

BSí, más o menos... Sí.

BPero no es así, amigo mío, de ninguna manera, tiene que darse una oportunidad para empezar de nuevo...

El la miró con unos ojos duros, otra vez despiertos y dominantes; pero habló casi con mansedumbre:

BEmpezar qué, Bodirama, ¿otra revolución? Bnegó con la cabezaB. El mundo ha cambiado demasiado en estos años, mucho más que lo que yo podía ver desde mi palacio de gobierno. Pero aunque no fuera así, de todos modos, a mí ya nadie me querría. Yo sólo soy el pasado, amiga, el "ex", el nombre que se trata de olvidar y que sólo se menciona para echarle la culpa de todo. No, aquello terminó, y es mejor para mí que lo acepte de una vez.

BPero hay otras cosas...

B)Qué cosas?

BBueno... no quiero ser indiscreta, pero usted todavía es un hombre joven, tiene dinero, o así parece al menos, puede dedicarse a construir algo, por pequeño que sea, no sé... comprar tierras, casarse, escribir...

El se sonrió, con pesar e ironía, y esta vez nada respondió.

La tarde pasó lentamente: el sol ya entraba oblicuo por la puerta de vidrio que daba hacia el jardín cuando Bodirama, que no había podido animarlo ni cambiar de conversación, lo despidió con la sonrisa plácida de siempre.

Esa noche consideró seriamente, por primera vez en su vida, la posibilidad del suicidio. Pensó en múltiples formas de hacerlo, en las cartas que escribiría y los legados que tendría a hacer, mientras bebía casi solemnemente, con regularidad, como para aniquilarse. Al final, poco antes del alba, se durmió sobre el ancho sillón de la sala en el que solía leer todas las tardes el periódico.

Pasó así unas semanas más, con la idea de la muerte habitando junto a él en la casa desolada, pero no se decidió. Hasta que llegaron las lluvias: aguaceros imperturbables que caían todas las tardes, humedad, un olor vegetal que lo impregnaba todo y a veces parecía como de podredumbre.

Una noche como todas, cuando ya había escampado, la criada le informó que tenía una visita. Sorprendido, porque ya nadie del gobierno se tomaba el trabajo de ir a verlo, vio entrar a Alice en su propio comedor. Estaba radiante:

BHace como tres días que estoy tratando de visitarlo, pero es imposible moverse en esta ciudad cuando llueve así! Por fin hoy escampó un poco más temprano.

El, sin superar la sorpresa, la invitó a cenar Blo que ella declinóB y a beber un poco de vino.

BOh, eso sí, con mucho gusto Bdijo, y de inmediato comenzó a interrogarlo sobre su vida, sus negocios, el lejano país montañoso que sólo conocía a través de sus tradiciones y su música.

La conversación fue animada, aunque siempre desigual: ella evocaba anécdotas y recuerdos, anticipando casi con placer los contratiempos que seguramente tendría en su próximo viaje; él, escapando apenas de su abulia, hablaba con lentitud, como si más que conversar prefiriese contemplarla desde un lugar inaccesible y cerrado para ella. Al final Alice, viendo que resultaba imposible retornar al contacto intenso y personal que una vez habían tenido, se incorporó, extendió los brazos como quien acaba de despertarse y dijo:

BBueno, amigo, tengo que partir. El avión sale mañana temprano para DakarB. Y lo miró, todavía con los brazos abiertos, con una sonrisa breve, llena de picardía, casi como animándolo a que por fin la tomara entre sus brazos o que, al menos, le ofreciera otra copa de vino.

Pero él no la vio, no la entendió Bo no quiso entenderlaB a pesar de lo mucho que en el fondo deseaba pasar una noche con una mujer como esa. Levantándose también, con un ademán cortés Bcasi fríoB que en parte la esquivaba, le dijo seriamente:

BTiene razón, el viaje es largo y siempre conviene comenzar la jornada descansado.

Se dirigieron hasta la puerta y sólo un beso, un tímido beso en la mejilla, fue lo que intercambiaron esos seres tan solitarios como diferentes entre sí.

A la mañana siguiente, movido por un impulso que sintió desde el momento en que abrió los ojos, se dirigió hacia el gabinete y comenzó a ordenar sus papeles. Vislumbraba el proyecto de un libro grandioso que fuese a la vez el recuento de sus actos y la épica historia de una revolución frustrada por enemigos implacables y por un pueblo tal vez demasiado inmaduro como para comprenderla. Pasó largo rato leyendo y relejendo sus anotaciones, recuperando la memoria, buscando el modo de ordenar las múltiples ideas que ocupaban su mente. Pensaba en la manera en que ese libro podría seguramente reivindicarlo, en los comentarios que provocaría, en la forma en que sería leído con avidez en las capitales de las naciones que lo habían apoyado o combatido. Fantaseaba:

se veía otra vez vistiendo su uniforme verde oliva, pronunciado discursos ante universidades que querían conocer más a fondo su obra, conversando con políticos o arengando a imprecisas multitudes.

Toda la mañana pasó así, sentado frente a la maquina de escribir que lo invitaba a llenar la primera cuartilla, buscando una oración sonora que fuese el apropiado comienzo para esa obra capital. Eran poco más de las doce y media cuando vino la criada para anunciarle que el almuerzo estaba servido.

Comió con lentitud, hojeando apenas el periódico que no había tenido la paciencia de leer más temprano, acariciando frases que flotaban y se desvanecían en su mente con vertiginosa rapidez. Por fin se dirigió a su cuarto, a dormir la breve siesta que había incorporado a sus costumbres, todavía con la intención de escribir toda la tarde. Pero nada hizo. Las horas se deslizaron en la casa silenciosa, sin quebrar la blancura de esa hoja de papel que comenzaba a obsesionarlo y, cuando el sol ya iniciaba su descenso, se encontró pensando en Alice, en la figura de Alice, en sus caderas, en sus senos y en sus piernas perturbadoras; evocó cada una de las palabras que ella dijera la noche anterior, su brazalete de bronce, las delgadas manos que movía constantemente.

Después de considerarlo brevemente tomó una decisión: se dirigió, como tantas otras veces, a la casa aquella donde disfrutaba del placer sin que se le exigiese a cambio otra cosa que dinero.

En varias ocasiones volvió a pensar en su grandiosa autobiografía, siempre diciéndose que pronto comenzaría a escribirla, sin siquiera empezar una línea. También recorrió con su automóvil negro las afueras de la ciudad, considerando la posibilidad de dedicarse a la ganadería, buscando tierras que pudiesen atraerlo. Pero el calor, que nunca pudo soportar, y el idioma que hablaban esas gentes extrañas, acabaron por disuadirlo con rapidez: soy un revolucionario Bse dijoB, un hombre de combates y de multitudes, no un aburrido hombre de campo.

Su amiga Bodirama, las muchachas de la casa del placer y alguno que otro vecino lo vieron envejecer rápidamente, caminando en las tardes entre los mangos y los eucaliptos de su casa fantasmal, con el aire abatido de quienes ya saben que su vida ha terminado.